

## ORTEGA Y LA LINGÜÍSTICA DEL DECIR: SEMÁNTICA DEL LOGOS

MARTÍNEZ DEL CASTILLO, Jesús: *La lingüística del decir. El logos semántico y el logos apofántico*. Granada: Granada Lingüística, 2004. 237 p.

JOSÉ RAMÓN CARRIAZO

ORCID: 0000-0002-0347-1284

**A**ún resulta difícil hablar de una lingüística cognitiva, si contemplamos las declaraciones que hacía al respecto George A. Miller, uno de los padres de las ciencias cognitivas (*Trends in Cognitive Sciences*, vol. 7, n.º. 3, marzo 2003). Sin embargo, llegan continuamente de las prensas publicaciones académicas donde los filólogos y gramáticos se empeñan en sumarse a los cuadros de la nueva perspectiva. El cognitivismo surgió en los años cincuenta del siglo pasado en los Estados Unidos de América como reacción ante el behaviorismo dominante en psicología, antropología y lingüística. Para Miller, el nacimiento de la lingüística cognitiva se produjo el 11 de septiembre de 1956, en un Congreso organizado por el *Special Interest Group in Information Theory* en el Instituto de Tecnología de Massachussets. En ese encuentro Noam Chomsky utilizó la teoría de la información para exponer su gramática generativa transformacional, en una comunicación que daría origen a su *Syntactic Structures* (1957). En 1956 J. B. Carrol editó una selección de artículos de Benjamín Lee Whorf sobre los efectos del lenguaje en el pensamiento, a los que se refiere precisamente el profesor Martínez del Castillo en su monografía.

En Europa la lingüística también

atravesaba un momento de profundos cambios tras la II Guerra Mundial. El desarrollo de la filosofía analítica había alcanzado sus más altas cotas y una nueva manera de mirar a los fenómenos lingüísticos comenzaba a desarrollarse. El estructuralismo o funcionalismo se abrió paso en todas las escuelas lingüísticas del continente. Los descubrimientos de la fonología del periodo de entreguerras consiguieron salvar a la ciencia del lenguaje de la paradoja epistemológica encerrada en el principio de la arbitrariedad del signo. La nueva definición fonológica permitía hablar de rasgos distintivos pertinentes, motivados por una cuestión estructural, que podían hallar correlatos en otros niveles del estudio gramatical o léxico. La morfosintaxis sufrió una verdadera transformación, sobre todo en su vertiente sincrónica, y la gramática se hizo cada vez más descriptiva. Las teorías chomskianas sobre la estructura profunda vinieron luego a contaminar el estructuralismo de cognitivismo. La lingüística, en realidad más siguiendo a Saussure que en su contra, continuaba volviendo los ojos a la filosofía para fijar definitivamente su objeto de estudio, quizá el más humano e inestable de todos los "objetos" que estudian las ciencias humanas.

Durante el siglo XIX, la gramática y la lexicografía, sobrecogidas por los descubrimientos del juez Jones de Calcuta, se convirtieron en técnicas auxiliares de la historia y se centraron en el problema de la génesis y taxonomía de las lenguas. Fueron los años de la gramática compa-

### Cómo citar este artículo:

Carriazo Ruiz, J. R. (2006). Ortega y la lingüística del decir: semántica del logos. Reseña de "La lingüística del decir. El logos semántico y el logos apofántico" de Jesús Martínez del Castillo. *Revista de Estudios Orteguianos*, (12/13), 270-269.

<https://doi.org/10.63487/reo.647>



rada, la reconstrucción del indoeuropeo, las leyes fonéticas, la lingüística románica y germánica, los diccionarios históricos. Todo esto llevó, después de la I Guerra Mundial, a que la lingüística le volviera las espaldas a la historia y al método histórico. “La lingüística ha declarado *tabú* el problema del origen del lenguaje, ello es razonable si se tiene en cuenta la falta absoluta de *datos lingüísticos* suficientemente primitivos”, dice Ortega en *El hombre y la gente*. Sin embargo, durante todo el siglo se harán importantes avances en el plano diacrónico, no tan espectaculares en el campo de la fonética y morfosintaxis, pero fundamentales para la comprensión de los códigos lingüísticos y su funcionamiento (semiótica, semántica y estilística). La lingüística se volverá, a lo largo de la centuria, más filosófica e interdisciplinar.

En 1955 fallecía en Madrid José Ortega y Gasset. Una parte de sus últimos años la dedicó a buscar las implicaciones lingüísticas de su razón histórica, vital, narrativa o etimológica, como también la llamaba. Nos consta que Ortega se interesó por temas relacionados con la teoría de la comunicación desde muy pronto: consta que pensó ser filólogo en su primer viaje a Alemania y en *El Espectador* se recogen algunas reflexiones muy interesantes desde el punto de vista semiótico: “Vitalidad, alma, espíritu” (1924), “Sobre la expresión, fenómeno cósmico” (1925) o “Fraseología y sinceridad” (1924). No obstante, los años más fructíferos de la reflexión orteguiana sobre el lenguaje son los dedicados a la redacción de *El hombre y la gente*, un “mamotreto” sociológico que no llegó a concluir. Es nece-

sario señalar que Ortega conocía los últimos avances en lingüística, como demuestra su manejo de la bibliografía y sus contactos con Rafael Lapesa; no era, por tanto, un diletante, lo que explicaría la fecundidad de sus reflexiones.

Aquí y allá se han comenzado a desenterrar los pensamientos lingüísticos y filológicos de Ortega, desde el magistral estudio de Guillermo Araya o los artículos de Juan Cruz, hasta muy recientes artículos, el más próximo quizá el aparecido en esta *Revista de Estudios Orteguianos*, 10/11, dedicado a la creatividad léxica-semántica, muy relacionado con las cuestiones que trata Martínez del Castillo en su *La lingüística del decir. El logos semántico y el logos apofántico*. Resulta interesante constatar cómo en los últimos trabajos publicados, incluido uno en el que colaboré con Iñaki Gabaráin sobre la semiótica y la semántica en el pensamiento de Ortega, se señala reiteradamente el paralelismo del pensamiento orteguiano con el desarrollo de la teoría de Eugenio Coseriu. Este lingüista, activo durante la segunda mitad del siglo XX, tiene una gran influencia en España y es reconocido internacionalmente por sus contribuciones a la lingüística románica, a la estilística y a la descripción de la lengua funcional.

Una de las facetas que más destaca Martínez del Castillo en la obra que reseñamos es la sólida base filosófica que sostiene la teoría lingüística de Coseriu. En el moldavo se conjuga el conocimiento lingüístico y la formación filosófica, lo que hace el diálogo de sus textos con los de un filósofo puro como Orte-

ga no sólo posible, sino además tremendamente fructífero. El trabajo de Martínez del Castillo lo corrobora: profundiza en los entresijos de la semántica coseriana y expone claramente su compatibilidad con los principios de la lingüística del decir tal como la propugna Ortega al final de su obra.

La lingüística necesita unas sólidas bases filosóficas sobre las que asentar su análisis de la comunicación. La lógica, la filosofía del lenguaje y la semiótica son las fuentes tradicionales de tales bases, como pone de manifiesto J. G. Martínez del Castillo. La lengua tiene dos caras significativas, o dos planos de significado: el propio del individuo y el coyuntural, sometido este a las implacables reglas de la comunicación y a los avatares de las sociedades de hablantes: “El propósito esencial del lenguaje es la creación de significados, *λόγος σημαντικός*, porque esa es la finalidad que persigue el sujeto libre e inteligente, el sujeto creador. El propósito coyuntural y contextual de la expresión lingüística es una determinación posterior del propósito esencial del lenguaje, *λόγος αποφαντικός*, y es, por tanto, accesorio al mismo” (p. 17). A partir de esta distinción básica entre *logos semántico* y *logos apofántico*, se establece la distinción entre significado y significación fundamental para la semiótica. Esta diferencia marca la concepción orteguiana del diccionario de lengua –repertorio de significados– y del significado actual o contextual –significación–. El signo lingüístico nace de la conceptualización, que es un proceso filosófico o cognitivo en relación directa con la verdad o *aletheia*: su explicación

o definición corresponde con el más alto deber filosófico por tanto.

La lingüística del decir, como disciplina, se encargaría del análisis de la expresión dicha en sus componentes y procesos: “hay un motor del conocer que es la *αἰσθησις*, la cual deviene en acto del conocer, estando determinada por una intención de decir, de interpretar lo «sentido», lo percibido y conocido en un sentido determinado, sentido que se manifiesta como *λόγος* en la expresión lingüística real. Nuestro logos es, pues, *λόγος αποφαντικός*, pero un *λόγος αποφαντικός* que se basa en el *λόγος σημαντικός*, ya que el que habla, habla siempre en una lengua (Coseriu 1985, 16), es decir, es un ser histórico y conoce históricamente” (pp. 27-28). Lo dicho nunca corresponde con lo que el hablante tiene en su mente, pues el lenguaje no puede expresar lo todo: “una parte muy grande de lo que queremos comunicar y manifestar queda inexpresso en dos dimensiones, una por encima y otra por debajo del lenguaje. Por encima, todo lo inefable. Por debajo todo lo que «por sabido se calla»” (Ortega y Gasset, 2001, p. 245, *Apud*. Martínez del Castillo, p. 29). El lenguaje es siempre limitado en cuanto medio de comunicación, sea por los determinantes históricos de la lengua concreta como forma de expresión, o por las propias limitaciones del código lingüístico, relacionadas con la economía o con la inefabilidad de parte del contenido.

La distinción entre *logos apofánticos*, el decir que tiene que ver con el individuo en cuanto sujeto del conocer (“yo” y “circunstancia” unidos o “ser ahí”, “ser

en el mundo”), y *logos semanticós* apunta a una lengua funcional o histórica: “El hombre en su historicidad es heredero de un mundo que le es dado en su lengua. Las cosas son en referencia a un mundo y ese mundo y las cosas que lo constituyen lo es en referencia a quien lo ha creado. De esta manera, toda ciencia, toda teoría, todo conocimiento en sí mismo estructurado, es y constituye un mundo. Esta referencia de las cosas al mundo que constituyen y del mundo a las cosas que lo constituyen, es lo que se llama *interpretación*” (p. 35). Esta centralidad de la hermenéutica confiere implicaciones antropológicas e históricas a esta concepción del hablar, que siempre será un *continuum* comunicativo determinado por la sociedad de hablantes que lo emplea, por el uso que de él hagan. La lengua histórica funcional, en cuanto empleada por unos hablantes en unas determinadas situaciones para comunicarse, es un uso social, como lo son el derecho, la autoridad, el vestido, la moda o la elegancia. No en vano situó Ortega la lingüística del decir entre las disciplinas encargadas del estudio de las sociedades humanas en *El hombre y la gente*, su tratado sociológico: “postulo una nueva filología que tenga el valor de estudiar el lenguaje en su íntegra realidad, tal y como es cuando es efectivo, viviente decir” (Ortega y Gasset, 2001, p. 243, *Apuð*. Martínez del Castillo, p. 40).

La teoría del decir, afirma Martínez del Castillo acertadamente, se encuentra en el núcleo conceptual del pensamiento orteguiano por cuanto el hombre puede definirse como el ser *dicente*. Como teoría tiene tres niveles:

“un nivel universal y absoluto, un nivel individual implícito, y un nivel histórico, niveles que definen el ser del ser humano” (Martínez de Castillo, p. 41). ¿Cuál sería competencia de los lingüistas? “A nosotros, como lingüistas, nos corresponde estudiar este segundo aspecto, aquel que tiene que ver con la formación del lenguaje, es decir, aquel que nos explique cómo y por qué se forman las expresiones lingüísticas, formación que tiene lugar en la mente de los individuos «dicentes». Pero queremos hacer una lingüística del decir y el primer aspecto sobre el que nos tenemos que definir es sobre el ser mismo que dice y esto constituirá la base para poder concluir sobre los modos del decir y los porqués del decir. Este aspecto, no tenemos más remedio, lo tenemos que tomar de la filosofía” (p. 42).

Clara es, por tanto, la deuda de la teoría semántica de Martínez del Castillo con la filosofía, más precisamente con el pensamiento de Ortega. En efecto, la lingüística debe ir precedida por un análisis minucioso de la formación del signo lingüístico en la mente de los hablantes; es, en definitiva, una disciplina cognitiva. Pero también hay una lingüística del hablar: la que se encarga de analizar cómo las sociedades de hablantes del pasado han empleado la lengua para comunicarse. Esta semántica, tan vinculada a la semiótica como la lingüística del decir, pertenecería a la lingüística del hablar, y también toma de la filosofía sus bases epistemológicas. Se trata de la semántica histórica, que tiene en cuenta los cambios que se han producido en la significación lingüística a lo largo de los siglos. Sólo

tangencialmente, al analizar la nominación sobre todo, se ocupa Martínez del Castillo del tercer nivel de la teoría del decir: el nivel histórico. La obra de Coseriu le sirve al autor para despachar este asunto tan trascendental y criticar, de paso, el determinismo lingüístico de los actos cognoscitivos expuesto por Benjamín Lee Whorf.

La monografía de Martínez del Castillo es exhaustiva en su análisis de los procesos cognitivos que conlleva la significación lingüística, y ofrece un magnífico ejemplo práctico del mismo aplicado al adjetivo inglés *brisk*. Muestra con ello, además de su competencia y capacidad como lingüista, una profunda reflexión sobre el pensamiento lingüístico de

Ortega. La conexión entre la conceptualización orteguiana y los desarrollos de la lingüística de Coseriu, apuntados por otros autores últimamente, muestran las posibilidades encerradas en el concepto orteguiano de *decir y hablar*. Faltaría, quizá, mostrar las aplicaciones de la historiografía de Ortega y Gasset a la diacronía lingüística: la teoría de las generaciones, la concepción del diccionario vivo, la razón etimológica o histórica... Es este libro, en conclusión, prueba de la fecundidad de la obra del pensador madrileño y el primer capítulo, esperemos, de una larga serie de monografías, que la lleven a sus últimas consecuencias lingüísticas.